

NUEVAS IDEOLOGIAS DE SIEMPRE

Fernando Roch.

Un savant, mes amis, est un homme qui prévoit; c'est par la raison que la science donne le moyen de prédire qu'elle est utile, et que les savants sont supérieurs à tous les autres hommes.

C. H. de Saint-Simon, Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains. (1802)

El discurso elegido para diseñar la moda para esta primavera fin de siglo, dispone ya de una contraseña nuclear, otro banderín de enganche para los espíritus simples, una nueva ideología de amplio espectro con la cual se pretende legitimar la construcción de un nuevo orden en todas las instancias y también, claro está, un nuevo espacio: la competitividad. Es una vuelta a los arcanos del liberalismo mercantil ahora que la revolución industrial ha alcanzado su tercera edad, en crisis tras la dorada madurez que vivió bajo el paradigma acumulativo fordista, aquel momento de gloria en el que llegó a conjurar el fantasma de la desigualdad con el despliegue multicolor del bienestar.

Abolida la ilusión juvenil del **savoir pour prévoir** sansimoniano, después de haber comprendido que las verificaciones ahistóricas de la economía neoclásica no permiten predecir el futuro con un grado de certidumbre aceptablemente operativo, ni siquiera explicar el presente (aunque nunca fueron amigas de las explicaciones) y siendo demasiado primitivo para asumir el reto de la complejidad que obligaría a establecer a cada paso el sistema cambiante de leyes

que rigen las condiciones de equilibrio y de reproducción generales, el nuevo discurso, que trata de dar respuesta tanto a la reciente crisis senil del sistema, para la que apenas se han propuesto alternativas, como al eterno problema del descenso de la productividad, para el que se han ido ensayando sucesivas configuraciones del régimen acumulativo a lo largo de los últimos doscientos años, nos ha devuelto a los orígenes. Hay que estar preparados pues para volver a empezar; habría que disponerse a volver a enhebrar el mito persistente de la Arcadia feliz estrechamente unido al de la sociedad sin clases, con el del progreso ilimitado de la tecnología y con la versión más sofisticada posible del **struggle for existence** que vuelve a protagonizar la escena, es decir dos cantos muy rodados y otro que todavía se mantiene demasiado lleno de aristas y que se enfrenta ahora a una operación de cirugía estética trascendental.

Un primer conjunto de ventajas que ofrece la competitividad para informar el nuevo paradigma es que se trata de un mecanismo de ajuste que actúa en tiempo real (en presente), es decir, de forma sincrónica, pero sobre todo que, careciendo por su naturaleza instrumental de exigencias teóricas que cumplir (ajusta a su manera pero no describe equilibrio alguno), y libre por tanto de enojosas comprobaciones experimentales a plazo, que no sean la pura supervivencia, puede convertirse en teorema, en una especie de metaequilibrio nacido de la inhumación de las ideologías.

A esto hay que añadir que sólo se presenta en las relaciones entre iguales (**inter pares**), o sea, que sólo se manifiesta en las relaciones Norte-Norte y, por lo tanto, basta con conservar el mecanismo libre de “contaminación” ideológica en todas las escalas (una difícil tarea) para hacerlo compatible con el doble mito de la igualdad y la conservación de la individualidad (**égalité et liberté**) aunque haya que sacrificar la **fraternité** que no era más que el tercer vértice de un molesto triángulo, una hiperdeterminación en el universo lineal que se pretende construir y que ahora se muestra por fin liberado del borroso perfil del futuro.

Todo se reduce a un eterno presente, el mismo que antes se nos ofrecía como un equilibrio finamente cincelado por los coeficientes de Lagrange de las ecuaciones diferenciales que ajustaban el sistema del mercado, y que ahora prefiere el “cuerpo cierto” que describen en cada momento los flujos de información que, desde los centros de distribución (desde los paneles de audiencia), llegan al puente de mando de las grandes firmas, desde donde se elabora a su vez la respuesta exacta de la producción **just in time** un repertorio cerrado de productos con todos sus atributos bien definidos, en cantidades precisas para lugares precisos y sin compromisos, es decir, sin ninguna responsabilidad en el mantenimiento de las constantes vitales de un organismo sobre cuya identidad, conservación o eventual sustitución no hay acuerdo.

La competitividad aparece así como la versión informática, el flujo

cibernético del bellísimo y neoclásico lagrangiano de aquel instinto feroz que describió Darwin y que convertido así en delicado ajuste mercantil (Lagrange también detestaba el oscuro y turbio concepto de fuerza que empleó Newton) ya ha recorrido un largo y “civilizador” camino hasta instalarse en el código reproductor del sistema social sin que haya conseguido librarle, a pesar de todo, de la larga sombra de la productividad decreciente.

Sin embargo este aparente progreso que ahora se envuelve en vistosos ropajes tecnológicos no es más que una vuelta atrás porque si el sistema de ecuaciones del mercado describía un equilibrio, una cierta racionalidad y una cierta permanencia de esa racionalidad que permitía el complejo juego institucional de ajustes que algunos han descrito como modelos intermedios estables de regulación (planificación espacial incluida), los nuevos flujos de información por los que parece circular toda la savia del sistema nos devuelven a la lucha primordial por su posesión, por su creación y control, a una nueva irracionalidad que recuerda el viejo concepto de “impulso vital”, a una nueva teología de la necesidad y de su satisfacción que ha generado una amplia curia de expertos en representar en el teatro mercantil, día a día, los más recónditos y oscuros sentimientos de sus atónitos y voraces espectadores.

Es la entronización del corto plazo, del usar y tirar, de las estructuras cibernéticas interactivas aplicadas a los más oscuros instintos, donde sólo el principio de acumulación prevalece a favor de los nuevos señores de la escena, aunque nadie pueda garantizar la permanencia del espectáculo en cartel.

En efecto, las dificultades de reproducción se acentúan. La competitividad ha nacido en un universo de demanda en el que la renta aparece muy desigualmente distribuida. Los que la disfrutan en grandes concentraciones ya han llenado su mundo de productos, que ahora sólo queda reponer, mientras los demás simplemente no pueden acceder al mercado. Por el lado de la producción siguen aumentando los costes, entre otras cosas debido al gran esfuerzo, impuesto por la propia competitividad, de modernizar mediante nuevas técnicas el aparato productivo, mientras la productividad decae impertérrita.

Se ha roto el acoplamiento entre producción y consumo y huérfanos de teoría y de ideologías los manuales de divulgación del usuario competitivo sólo ofrecen recetas de uso tópico y de tratamiento sintomático para paliar una crisis que parece definitivamente instalada en el genoma del sistema. Un primer grupo de medidas destinadas sobre todo a la aristocracia patronal pretende actuar **contra natura** sobre los precios de venta empujándolos al alza, para lo cual suele alimentar en el consumidor el sentimiento de pertenencia a una élite (clase o estirpe) y vincular estrechamente ese sentimiento a un producto (marca y modelo). De esta forma se puede obtener un aumento del precio cuya naturaleza económica sería la de un tributo de la misma clase que el que se adhiere a los productos inmobiliarios. para

conseguirlo se ha llegado a crear una religión de las marcas, un nuevo código de identificación social que elaboran unos demiurgos maravillosos llamados diseñadores y todo un poderoso sistema de creación y comunicación de información cuya misión principal consiste en convencer al conjunto social de que un descerebrado profundo es un genio y de que poseer uno de los productos surgidos de su mano es un signo inequívoco de pertenencia a una hegemonía.

El mito de la igualdad se resquebraja al tiempo que se refuerza ya que permite el juego de ilusionismo del triunfo personal, sin el cual ese sistema carece de motor, adoptando la forma general de una carrera por alcanzar la distinción sobre un patrón social que fundamentalmente se mantiene jerarquizado; que la sombra de Platón es más alargada que el descenso de rentabilidad. En todo caso son las grandes firmas las que administran por nosotros ese caudal genético extendiendo a todo el universo mercantil el mismo modelo de asignación del valor que rige en el universo inmobiliario y que tantos problemas ha creado, y lo hacen monopolizando los centros de distribución y los flujos culturales modelados por la publicidad que sí se han institucionalizado a través de los ministerios correspondientes. Su reino no tiene fronteras ni historia, operan al instante en un flujo interactivo que acopla el universo de la producción con el del consumo. Sólo necesitan conservar de forma ilimitada y creciente el poder adquisitivo de su clientela cautiva, un objetivo cada vez más difícil y lejano porque han violentado las reglas naturales de la creación y atribución del valor.

Otro grupo de medidas pretende actuar sobre la eficacia del propio proceso productivo. Este campo les permite ahondar en otra de las componentes mitológicas fundamentales del sistema: la taumaturgia del progreso tecnológico. Ciencia, técnica y sociedad se unen en una cultura de la eficacia a través de la producción según la ilusión sansimoniana resucitada hace sesenta años en el Silicon Valley¹ y lo hacen también bajo el dominio del tiempo real. Desde entonces, aquel santuario de la nueva tecnología productiva ha cubierto la faz de la tierra con su buena nueva y ha levantado multitud de centros donde se vive la ascética de la creación científica que deviene tecnología, capaz a su vez de operar el milagro de transubstanciar las viles materias primas extraídas en los confines tercermundistas del universo en el repertorio de productos con los que se elabora y alimenta el genoma reproductor del primer y único mundo. El problema es que no está demostrado que el milagro valga realmente lo que cuesta.

Toda esta alquimia tiene sus leyes propias. En la cúspide del sistema se instala un autodenominado sector avanzado cuya misión principal consiste en

¹ La famosa experiencia de la Hewlett & Packard fue el primer aviso de que frente a las economías de urbanización y de aglomeración que describía la economía regional clásica y que explicaban la concentración industrial en polos, podrán existir otras economías nacidas de la peculiar naturaleza de los ingredientes productivos presentes y que además podían resultar de superior eficacia.

componer a la carta según las necesidades del día los elementos (en el sentido de partículas elementales o indivisibles) de trabajo que de forma estandarizada mantienen y ofrecen un ejército de pequeñas y medianas empresas que constituyen la base de la que se alimentan esos magos de la combinatoria diaria. Las reglas económicas y sociales, incluso la cultura, por las que se rigen cada uno de estos dos grandes universos productivos son muy diferentes. Mientras el primero (el central) concentra y administra las tareas de I+D y controla con mano férrea los canales de distribución de productos y de información buscando economías de naturaleza tributaria, el segundo está obligado a suministrar un inagotable recurso productivo estándar y se rige por las reglas clásicas de la economía marginal.

Se perfila así una estructura productiva dual una de cuyas componentes es vertebral y la otra pudiéramos calificarla de plástica y subordinada, con propiedades y problemas de reproducción muy diferentes. Mientras la primera necesita instalarse en los nodos de un sistema de flujos privilegiado diseñado por ella misma a su imagen, la segunda parece avocada a la descentralización, a asumir las tareas menos rentables, a vivir sujeta a las leyes de los grandes números: alta mortalidad y natalidad compensatoria en el margen de la rentabilidad.

La pequeña y mediana empresa asume así un papel similar al que en el régimen de acumulación fordista correspondió a las estructuras familiares, al denominado modo de producción doméstico, que actuaba (y aún actúa en parte a pesar de su avanzada descomposición) como un inmenso colchón en el que se amortiguaban muchas de las economías de reproducción que no podía pagar el sistema y desde donde se administraba el consumo. Y de la misma manera que aquel dió origen a una cultura urbanística del barrio, de lo doméstico, este universo productivo micronizado va a precisar de su propio espacio: las amplias bandas metropolitanas transformadas (domesticadas) del viejo sistema fordista o los vastos territorios del disperso productivo que hace una década se convirtieron en el paradigma de la “utopía” productiva informal en las regiones equipadas de Europa².

Poco importa si de este mundo uniforme desaparecen empresas, a condición de que otras las sustituyan ya que sin ellas no funciona el modelo de

² Fue otro de esos momentos de entusiasmo progresista en el que se creyó que las regiones de poblamiento repartido en las que no existían las grandes concentraciones fordistas sobre las que se había instalado la desigualdad económica y social y que habían sido equipadas por el ejercicio de una tenaz política de izquierdas en el universo local unida a la conservación de un universo rural en el que el modo de producción doméstico ofrecía una versatilidad inagotable, representaban una base más sólida frente a la crisis que los viejos baluartes de la industrialización. La Emilia Romagna (la Utopía) se enfrentaba con ventaja a Milán Torino (MiTo) para componer un juego de palabras propuesto por Campos Venuti. Gobierno del territorio, modo de producción doméstico y economía informal eran las columnas de esta propuesta que ofrecía desde una cultura del territorio (del espacio en definitiva) una posibilidad de reformular el despliegue industrial sobre presupuestos más eficaces y equitativos.

competitividad. Tampoco es imprescindible que este caldo industrial sustantivo tenga la misma nacionalidad que las grandes firmas cuya internacionalización es progresiva, basta con que sus relaciones de comensalismo estén bien establecidas, según el viejo modelo feudal, y de que efectivamente tengan esa propiedad de asumir en su intimidad ciertas economías de supervivencia. Su gestión (la de los conflictos que genera su precariedad) sí que pasa a ser responsabilidad de los poderes públicos locales; las viejas naciones, espacios privilegiados del sistema integrado fordista, ceden su lugar a las regiones y mejor a las tribus étnica y ligüísticamente uniformes que ofrecen mayores garantías de creación de ese nuevo espíritu familiar, doméstico, de esa solidaridad de grupo tan necesaria en los modos de producción asociados al dominante, al menos mientras dure el espejismo mantenido por sus respectivas hegemonías neonacionalistas convertidas en los paterfamilias y gestores de las relaciones de subordinación.

En el primer universo productivo que no conoce fronteras rigen las reglas de lo prodigioso que conducen al éxito en un hiperespacio de propiedades excepcionales y en el segundo, acantonado en los viejos reductos neolíticos, se refugian los principios de la economía clásica capitalista con más miserias que grandezas. Se ha roto la unidad que antes presidía la estructura de los grandes objetos urbanos metropolitanos o regionales y puede ocurrir que toda una metrópolis quede bajo el signo de la subordinación productiva mientras otra se erige en creadora y dominadora y, desde luego, que todas se peleen por tener de lo segundo más que de lo primero. Es decir, que nadie puede garantizar que las nuevas articulaciones entre modos productivos que antes convivían en el mismo espacio en el que también se realizaba su acoplamiento con el consumo, lo sigan haciendo, y que debajo de esa dualidad no se esté escondiendo una especialización entre ciudades-de-señores y ciudades-de-súbditos que supondría la más grave y seguramente también catastrófica transformación sufrida por la ciudad industrial desde sus orígenes.

Ha nacido una nueva paranoia urbanística consistente en el temor a quedar descolgado de los “grandes ejes” (una mundialización de la polvorienta invención de “polo” que propuso Perroux para dar vida material al oscuro concepto de economías de aglomeración y urbanización) y de momento se han puesto todos a conjurar al maligno espolvoreando aquí y allá en los planes y proyectos el antídoto que, precisamente como se ha señalado más arriba, es la antítesis de las economías de aglomeración, es decir, parques empresariales, científicos y tecnológicos, y a impulsar la creación masiva de nuevas infraestructuras de comunicaciones cada vez más depuradas para insertarse de manera privilegiada en el gran sistema informático universal (luego se verá si es para dominar o para ser dominado que las órdenes también se reciben por fax).

La competitividad se une a la conectividad (Vds. disculpen), a la movilidad total, al paroxismo comunicacional (más disculpas). Los aeropuertos se

convierten en los nuevos centros en torno a los cuales se organiza el todo. Es una nueva fe cuyos ritos tienen una naturaleza semejante a los de las viejas procesiones para propiciar el prodigio que paliase la sequía a pesar de que algún ministro pueda bromear sobre su diferente eficacia, y no le falta la razón sólo que aquí la razón funciona a la inversa ya que el coste de la procesión es nulo por lo que su eficacia podría ser infinita como corresponde a los auténticos milagros.

Queda, para completar este esbozo del sistema de la competitividad en la gran escala, otra fuente más clásica de reducción de costos que consiste en mantener el precio de las materias primas bajo mínimos. Parece que es donde más éxitos se siguen logrando después de todo, aunque a cambio haya sido preciso mantener las relaciones Norte-Sur en los mismos términos en que se definieron durante la vigencia del régimen anterior, es decir bajo el imperio de los señores de la guerra.

Con independencia de que desde el punto de vista económico todavía no ha demostrado el modelo de la competitividad su eficacia para resolver el problema del descenso de productividad, ni siquiera atenuar de forma apreciable su sostenido declive, lo que nadie puede negar es su radical incapacidad para dotarse de un sistema de equilibrios, de ajustes y de mecanismos reguladores que pueda ser asumido por las instituciones sociales de las sociedades democráticas modernas. Por el contrario, este modelo comporta principios de diferenciación (de desigualdad) social y económica nuevos para los cuales no aporta mecanismos de corrección ni siquiera tan primitivos como el sencillo bombeo de redistribución que utilizó el estado asistencial, entre otras cosas porque estos mecanismos se han desplazado al ámbito local en el que pierden gran parte de su eficacia y suponen nuevas estrecheces acumuladas aunque con la impagable satisfacción de gestionarlas en lenguas vernáculas.

Los viejos estados nacionales, lo que aún queda de ellos, se apresuran a construir, a gestionar la construcción de los grandes canales de circulación y distribución planetarios de información y mercancías para el correcto funcionamiento del sistema productivo internacional (el de más alta alcornia) abandonando a las tribus la gestión de los desajustes, de la desigualdad creciente entre los constituyentes de segunda división de ese sistema, disueltos en las relaciones de parentesco, de consanguinidad. Ya hablan los nuevos caciques del Rh en las primeras páginas de los periódicos.

La nueva ideología es una combinatoria en diferentes escalas de competitividad mercantil y tecnológica, sacralización del éxito y cultura tribal, sin el amortiguador de las instituciones civiles (de esa civilización largamente elaborada que constituye un firme patrimonio), bajo el dominio de un paradigma animista convertido en religión, en el que la voluntad impredecible de la vieja

bestia, concebida antaño en términos analógicos de simpatía o antipatía o de orden armonioso sólo parcialmente descifrado, ahora es concebida como flujo informático instantáneo, configuración cifrada de elementos, “fórmula magistral”, que asegura aquí y ahora el éxito: imposible acumular experiencia, aunque sea de forma asistemática como se hacía en las viejas versiones del paradigma; imposible pretender establecer unas leyes generales o particulares. Todo va a depender de la intuición del mago, de su genio manipulador en cada momento cambiante.

Un engendro de este calibre, privado del tiempo y de la historia (confinados en el mejor de los casos en la memoria tribal), lo ignora prácticamente todo, pero sobre todo desconoce las leyes naturales que garantizan en última instancia su reproducción a largo plazo y la supervivencia general. El modelo de la competitividad tiene pendientes demasiadas asignaturas: no ha demostrado ni siquiera su eficacia para resolver el problema económico originario a corto plazo, presenta serias dificultades de institucionalización perdido en un proceso imposible de convergencia entre remotas instituciones internacionales de coordinación y la regresiva cultura neolítica de la tribu, la raza, y la lengua vernácula, y además es duramente agresivo con el requisito irrenunciable de garantizar la conservación del único equilibrio que nos queda, el natural. La competitividad es perfectamente compatible con el multilingüismo de Babel, sólo necesita un ejército de traductores, pero es absolutamente incompatible con la biosfera.

La alternativa ecológica que pudiera levantarse frente a este mal trabado andamiaje también está por describir, pero ya se han aventurado afirmaciones que aseguran que el respeto por el medio natural es una condición sin la cual no es pensable contener el descenso de productividad. Quizá no esté demostrado que sea condición suficiente pero sí parece seguro que sin ese respeto cualquier camino que se siga está condenado al fracaso, de manera que a lo mejor la moda competitiva no tiene mucho futuro después de todo.

Si el urbanismo de barrio (las nuevas ciudades pueden considerarse casos particulares de este urbanismo) protagonizó la práctica durante los sesenta y setenta como campo de maniobras fundamental de la política de equilibrio (redistribución) en el interior de los sistemas metropolitanos, el territorio es el gran protagonista de esta empresa finisecular así como la reconversión de los gigantescos objetos de integración espacial fordista: un reciclaje de residuos para el que apenas se dispone de las experiencias que acompañaron a la primera de esas transformaciones llevada a cabo en los ochenta, en un punto privilegiado de esa geografía, es decir, la “recuperación” de los centros históricos, que fue el primer episodio de la reconversión como espacio de alojamiento de los nuevos puentes de mando, de los nuevos santuarios de distribución y elaboración de información a los que se sumó la creación del espacio de reproducción de las

nuevas hegemonías sociales destinadas a conducir el paso del viejo al nuevo modelo de acumulación en la escala local³.

Todas las grandes metrópolis fordistas buscan un papel agradecido en el reparto de este teatro competitivo sabedoras de que de él va a depender la gravedad de los problemas de desigualdad que van a tener que lidiar en el futuro inmediato. Sólo queda confiar en que un sistema de producción y distribución por muy irracionalmente que se mueva no puede prescindir fácilmente de concentraciones de población de varios millones de habitantes que, en general, tienen resuelto el problema del alojamiento y disponen, de partida, de una capacidad de consumo nada desdeñable y de una amplia cultura como consumidores que no puede improvisarse. No sólo representan un buen mercado, bien dotado de infraestructuras, que hay que conservar, sino que como mínimo pueden ser el soporte de esa industrialización estándar de pequeñas y medianas empresas regidas por leyes de economía clásica, entre las cuales también hay sus escalones jerárquicos.

No es muy difícil describir después de estas consideraciones, aunque sea a grandes rasgos, las propiedades que se exigen al nuevo espacio de escenificación competitiva en sus diferentes escalas, ni aventurar la naturaleza de los componentes disciplinares que van a emplearse.

La generalización del concepto de descentralización ya se destaca como una de las consignas principales para organizar la nueva geometría. Y otro tanto puede decirse de la búsqueda del milagro, de esa fórmula magistral, una configuración capaz de crear efectos prodigiosos sobre un territorio que es un soporte informático. El territorio no se concibe como ecosistema (equilibrio ente equilibrios) sino como un circuito integrado capaz de adoptar calidades específicas, de emitir “acordes”, es decir, de marcar la diferencia, si se actúa sobre los registros adecuados según un método similar al de la acupuntura, favoreciendo ciertos procesos privilegiados a los que se les reconoce acción terapéutica (parques tecnológicos o científicos, p. ejemplo), se les identifica como santuarios eucarísticos (grandes superficies de consumo cultural, mercantil y de ocio) o se les convierte en caballos ganadores. No se trata de crear equilibrios sino precisamente de romper los eventualmente existentes en beneficio propio. La vieja mítica del “genio del lugar” ese conjunto de cualidades que la naturaleza o las fuerzas sobrenaturales habían depositado en el sitio, ahora es objeto de producción a través de la ordenación del territorio.

Las propiedades excepcionales que antes quedaban confinadas en el circuito

3 Esta operación de gran envergadura realizada de forma casi simultánea en las grandes metrópolis europeas se alimentó de un fuerte alza de precios de los productos inmobiliarios que la “academia neoclásica” describió como un simple **boom** de naturaleza exclusivamente mercantil.

urbano se extienden al territorio, pero este cambio de escala aún no conoce un sistema de transcripción fiable, ni económicamente viable a pesar de las grandes cifras que recientemente han manejado los responsables de poner en marcha el gigantesco ejercicio infraestructural que requiere.

La ventaja que ofrece esta nueva empresa es que los diseñadores de objetos menudos, los demiurgos de escalas intermedias, han vuelto a encontrar un territorio propio. Liberados por orfandad de tener que enfrentarse a la ciclópea tarea de imaginar el todo y su evolución, de tener que construir complejas sinfonías de equilibrios en constante transformación (ni existe un todo ni evoluciona nada) y agotado por su escasa relevancia el discurso inodoro e insípido de “la arquitectura de la ciudad” que presidió el spleen urbanístico de los ochenta, convirtiéndose en el soporte disciplinar de la recuperación de los centros históricos, cuyo sentido real no pudo nunca explicar, vuelven a encontrar la escala perdida, esos lugares de propósito acotado en los que se puede volver a desplegar el indispensable discurso platónico sobre la forma-idea, el nominalismo tranquilizador y sempiterno.

Igual que hace una década fue el centro histórico el ámbito específico para la acuñación del código tipológico de la memoria local⁴, es ahora la periferia el lugar privilegiado para el despliegue de este nuevo esfuerzo terapéutico que busca en la garantía del teorema la salvación eterna. Y, claro está, resulta difícil sustraerse a la tentación de recurrir a los arcanos. Ya se ha invocado la autoridad de Palladio, como si todas las periferias fueran la húmeda, cálida y uniforme llanura véneta surcada de canales. Acaso no es el maestro de Padova quién mejor supo interpretar las oportunidades que ofrecía el paradigma animista renacentista para convertirse en ese mago que propiciase con un ejercicio de orden (de nuevo la fórmula magistral), por analogía y simpatía, la voluntad del gran animal-mundo. Donde ponía el lápiz ponía el centro del universo en torno al cual giraba simbólicamente, teatralmente, en un ritual propiciatorio el territorio concreto, el panteón olímpico, la ciudad, la utopía feliz arcadiana o el azaroso recorrido iniciático de Polifilo conducido por la Fortuna Primigenia y, claro está, también el pequeño universo doméstico en el que no faltaron alguna vez los fámulos mismos, trazados por las mismas manos que había dibujado a los dioses.

Lejos de enfrentarse con toda la modestia que sea necesaria a la complejidad creciente que adquiere el problema de la reproducción extendida en el que, como siempre, las leyes geométricas son fundamentales, la disciplina vuelve al refugio seguro del discurso idealista de la forma, en el que, desde luego, ha cosechado siempre sus mejores éxitos. Todo consiste en encontrar una manera de reducir la

4 Tuvo una variante territorial vernácula que desarrolló algunos de los instrumentos de comprensión (construcción) de una cierta racionalidad del territorio que buscaba también su esencialidad “nacional”, que profundizaba en las diferencias, como se suele decir en el discurso neolítico.

realidad compleja a sus componentes corpusculares como si esto fuera siempre posible⁵ o a encontrar la escala (el nicho) en el que poder desenvolver este ejercicio de simplificación sin otros sacrificios que ignorar los demás niveles de la realidad, como si todos estos niveles aún con sus propias leyes no mantuvieran estrechos vínculos entre sí.

El discurso disciplinar ya ha mantenido demasiada independencia con respecto a los procesos complejos de construcción de la ciudad y del universo urbano y acaso vaya siendo hora en esta hora crepuscular del milenio de iniciar lentamente la construcción de un nuevo paradigma urbanístico nacido de las experiencias ya habidas hasta la fecha, desde Platón hasta los modelos contemporáneos, ya sean los empiristas del neoclasicismo positivo o los delicados equilibrios intermedios propuestos por la Escuela Regulacionista, para adentrarse con paso propio en los nuevos caminos que abre la complejidad, sobre la cual va a versar, sin ninguna duda, la cultura del siglo XXI. Habrá que aparcar en su parcela específica las geometrías inmutables, el dulce sonido de las esferas y prestar más atención a los procesos cambiantes que nos rodean por todas partes en diferentes escalas, con leyes propias que varían en el tiempo, porque el tiempo es el gran protagonista de la física de lo complejo.

Esta hazaña, hay que reconocerlo, limitaría el campo de validez de la magia que ha estado ligada desde siempre al ejercicio de la arquitectura, al más noble aún ejercicio de inventar la ciudad, es decir, de crear el sistema cambiante de las propiedades físicas del espacio en que se construye nuestro mundo.

Desde la gran revolución urbana, siempre que es preciso construir **de facto** un espacio económico y social definido por leyes impronunciables de desigualdad, de segregación y de dominación, es necesario realizar simultáneamente un cada vez más complicado ejercicio ideológico para aderezarlo con un contra-espacio de representación simbólica destinado a crear la ilusión de que tales diferencias no existen o no ser por razones poderosas de armonía. Esta metaconstrucción opera siempre en el ámbito de la cultura y de la política aunque transite con vehículos disciplinares muy dispares.

En efecto, el sistema de representación ideológica puede ser plural⁶ y aún a riesgo de equivocarme podría afirmar que ha venido siendo en la historia reciente

5 La moderna teoría de las supercuerdas es sobre todo un intento de buscar en lo infinitamente pequeño lo extraordinariamente complejo. La unificación de las leyes físicas fundamentales parece exigir que toda la complejidad que precisa la convergencia de esas leyes se encuentre ya en la geometría de lo indivisible ¡y ha habido que descender a 10^{-33} cm. de tamaño! afortunadamente las leyes que rigen la vida no necesitan recurrir a semejantes extravagancias de momento.

6 El Movimiento Moderno convive con propuestas positivas desarrolladas en el campo de la economía o de la sociología que también describen equilibrios (un igualitarismo de fondo) pero con las que no guarda ninguna conexión. Y hoy día no se ha avanzado gran cosa en la unificación de ese discurso dual.

sobre todo una dualidad nacida como resultado de añadir a la tradicional del diseño disciplinar (que cuenta con un cuerpo cultural nada desdeñable) otra de intención científica, aunque no menos ideológica, que ha aportado a la anterior algunos elementos nuevos entre los que destaca el concepto amplio de modelo y el de planificación⁷. Apenas han pasado doscientos años desde la entusiasta declaración de fe positivista que encabeza esta reflexión, y que nacida de consideraciones sobre la ciencia en general permitió variar radicalmente nuestra concepción de la organización social y de la manera de comprenderla y conducir sus transformaciones. Modelo (sistema, decía Saint-Simon) y verificación experimental son los dos instrumentos imprescindibles en este proceso científico de acumulación del conocimiento y de previsión del futuro que culminaba en proyecto, al que no iban ya a escapar las relaciones sociales, convertidas, en esos momentos inaugurales, en la misma clase de fenómenos fisiológicos que caracterizaban a los cuerpos organizados⁸.

La pasión por la ciencia y su postulado de un gobierno de sabios libres de servidumbres respecto a cualquier clase de poder, bajo la sagrada invocación de Newton (una autoridad, por otra parte, difícil de conciliar con la fisiología), que informó su proyecto inicial cedería más tarde ante el reconocimiento del papel dominante que habían adquirido los protagonistas del nuevo modo de producción industrial: industriales, trabajadores y financieros. en teoría económica (lo valoraría justamente Marx más tarde) supondría anteponer los problemas de la producción a los problemas de distribución de la riqueza que hasta entonces habían ocupado el centro de interés de esa ciencia.

Es una cuestión que, como hemos visto, vuelve a cobrar rabiosa actualidad en estos momentos en los que el naufragio de la productividad conduce muchos esfuerzos a tratar de configurar en nuevos términos de eficacia las relaciones entre la ciencia, la tecnología y la industria, pero en su conjunto la obra y el pensamiento de Saint-Simon, cuya fe exagerada en el progreso científico y tecnológico fue objeto de no pocas burlas en su tiempo, puede considerarse uno de los pilares fundamentales de la ideología de la modernidad y, su proyecto, en el que no faltaba la búsqueda del equilibrio y la armonía social, una propuesta de mayor alcance que la simple búsqueda de las configuraciones funcionales de la actividad industrial entre las que la industria de ahora mismo quiere encontrar la productividad perdida.

7 Dos cosas que precisamente el nuevo discurso neoliberal y también el tradicional discurso disciplinar pretenden suprimir.

8 Mes amis, nous sommes des corps organisés; c'est en considérant comme phénomènes physiologiques nos relations sociales que j'ai conçu le projet que je vous présente, et c'est par des considérations puisées dans le système que j'emploie pour lier les faits physiologiques que je vais vous démontrer la bonté du projet que je vous présente. Saint-Simon Oeuvres Tome I, pág, Anthropos 1966. Reimpresión facsimilar de la de 1868.

Está por hacer una indagación de fondo sobre la influencia de este original pensador en ciertos aspectos de la organización social que acompaña al desarrollo del moderno capitalismo industrial, como las peculiaridades del patrón espacial seguido y los instrumentos utilizados en su construcción⁹ o en la preparación del despliegue territorial del capitalismo finisecular¹⁰, pero, sea como fuere, basta para ilustrar esta influencia la presencia que tuvieron en esa construcción sus numerosos y bien conocidos discípulos; algunos como Comte continuaron y perfeccionaron su reflexión teórica hasta convertirla en base de un nuevo paradigma de amplio espectro (una **pervasive ideology** como se diría ahora); otros como los hermanos Péreire colaboradores primero y competidores de los Hothschild más tarde contribuyeron con sus instituciones de crédito al despliegue de las nuevas infraestructuras ferroviarias en Europa y al desarrollo urbano vinculado a ellas¹¹; otros como el ingeniero Enfantin trataron de fundir en un solo interés la herencia positiva de la escuela politécnica con la nueva moral social que en el ideario revolucionario apenas había sido una virtud nacionalista, mientras redactaban los planos del Canal de Suez y convencían a un tal Lesseps, a la sazón vicecónsul francés en el Cairo, de la conveniencia de tal empeño, o los del ferrocarril París-Lyon que servirían para crear el “gran sistema del Mediterráneo” un sueño sansimoniano que actuaría de señuelo para construir una infraestructura colonial fundamental, y alguno llegó incluso a ser consejero económico del Segundo Imperio.

No está de más recordar que mientras estos esforzados elaboraban un proyecto de futuro sentando las bases, sobre todo ideológicas, de lo que más adelante sería la planificación en sentido amplio, es decir, creando un especie de cuerpo doctrinal un tanto **sui géneris** para la predicción, los arquitectos del viejo régimen convertidos más o menos de grado al nuevo ideario republicano se empeñaban en llevar hasta sus últimas consecuencias formales las enseñanzas del viejo Condillac, que los auténticos ideólogos (los filósofos de tal nombre) se habían puesto como tarea convertir en una sólida teoría del conocimiento: sensaciones (emociones) que devienen ideas, lo cual les permitía reunir la

9 Son más frecuentes las constataciones “postmodernas” sobre el fracaso de esa armonía mecánica preconizada y que en un alarde de sensibilidad Walter Benjamin cree encontrar por primera vez en la Térése Raquin de Zola.

10 Ese que en los modelos regulacionistas se basaba en un régimen de acumulación extensivo en el que era fundamental (lo sigue siendo) la expansión de los mercados y de las fuentes de materias primas a bajo coste, debido en parte a una limitación estructural de su capacidad de innovación tecnológica, pero sobre todo a la necesidad de ensanchar el propio espacio geográfico del sistema. Paralelamente, el modo de regulación competitivo dominante en ese mismo periodo sería el responsable del carácter descoordinado de las distintas empresas productivas, que se moverían en un paisaje de competencia salvaje donde las inversiones tendrían un alto riesgo: son frecuentes las fortunas que se hacen de un día para otro y las ruinas consecutivas, como las que afectaron a los sansimonianos Péreire o a nuestro marqués de Salamanca. ☺

11 Baste recordar la actividad industrial e inmobiliaria de estos financieros franceses en Madrid y Valladolid con ocasión de la primera revolución industrial producida en estas ciudades, sin olvidar su presencia en las reformas **haussmanianas** de París.

moderna teoría del conocimiento con la vieja construcción platónica del mundo ideal, exactamente igual que cualquier creativo publicitario de hoy mismo.

Dotados de este instrumento poderoso de simulación y de fascinación, se puede operar sobre lo real o sobre lo que de lo real somos capaces de conocer, en una doble dirección, de la idea a la sensación o a la inversa, es decir que podemos reconstruir una realidad a base de evocaciones (ideas) que nos devuelven las sensaciones que las generaron, un circuito reversible (un **chip** prodigioso), que todo puede ser una evocación y una exaltación escenificada en un hermoso paisaje engalanado de discursos formales, recurriendo al verbo intransitivo de las figuras puras del viejo arsenal platónico o al procedimiento más explícito de llenar los frontones o los arquivadas de sus edificios con el verbo impositivo del estado naciente y sus consignas.

De manera que por un lado tenemos a un grupo de profetas que dibujan un futuro de progreso y ponen en marcha a sus ejércitos de agitadores que van a intentar construir el espacio del nuevo despliegue industrial según un plan o modelo que pretende ser equitativo pero que no lo va a ser, y por el otro a un grupo de evocadores que van a tratar de crear el escenario de una transformación (social sobre todo), pero en cuya actividad ha desaparecido cualquier idea de futuro, simplemente porque creen, o quieren hacer que creen, que han llegado al mejor estado posible, y es el momento de poner en escena todo el inventario de figuras puras, toda la escatología formal reservada para la ocasión, desde la esfera de Parménides-Newton de Boullée o Ledoux al triángulo equilátero del nivel-(de albañil)-igualdad presidido por el ojo sagrado, bajo cuyo patrón simbólico dibujan Rieutord y Laclotte su propuesta de ordenación para el Château Trompette de Burdeos.

Da lo mismo el orden circular de la ciudad platónica, presidida por el núcleo central de la acrópolis secreta según el patrón micénico, que Newton y su sistema del mundo al que en 1784 Boullée dedica una de sus metáforas tenebrosas, envolviéndole en un gigantesco sudario construido según el modelo esférico de su propio sistema astronómico. Lo inmutable y lo sublime siguió siendo el programa de indagación arquitectónica, que Ledoux, con su intuición de adelantado, extendió a las viviendas de los distintos componentes de la sociedad, según su papel bien clasificado, o a los nacientes equipamientos sociales.

Mientras algunos planificaban el primer espacio a gran escala del régimen extensivo-competitivo del capital industrial naciente haciéndolo pasar por una bendición, otros se empleaban a fondo en la tarea de sembrar la vieja ciudad de consignas cívicas escritas en los frontones de los nuevos edificios levantados para honrar las virtudes públicas del nuevo orden, o en llenar las plazas y las páginas de los tratados de figuras acabadas, de formas puras e intemporales emergidas de las páginas del libro V° de Las Leyes o de las numerosas elaboraciones manualísticas del Corpus Herméticum de Trimegisto.

Mientras unos introducían el tiempo en su disciplina y programa de trabajo como necesidad de determinar un camino hacia la meta soñada según el proceder utópico, otros fabricaban símbolos de regreso a la perfección primordial. Dos formas de ideología que parecen irreconciliables pero que en el fondo persiguen la misma evocación intemporal, porque para el pensamiento idealista el tiempo no es más que la forma en que la imperfección se apodera del cosmos y que a la vez posibilita el viaje de retorno a la perfección perdida, un viaje que se jalona de evocaciones simbólicas, una construcción imaginada bajo el signo de la nostalgia, pero que no pudo contar con el patrocinio del estado renovado y de una hegemonía en ascenso.

Es sólo un recuerdo que apreciaremos más los que aún creemos en la posibilidad de modelar el futuro, los que aún no nos hemos enroscado en la estéril apología del presente o en el retorno a la pureza del origen, ni nos hemos refugiado en el reduccionismo de las componentes elementales, los que creemos en la complejidad creciente de las escalas intermedias que corresponden al mundo de lo vivo y que la ciudad o el territorio, que ya es preciso construir de inmediato no es más que un espacio de cuarta generación, es decir, un paso más en el proceso de maduración de la sociedad industrial, una nueva configuración sobre y a partir de un viejo tejido que ya ha conocido otras y tras la cual renovará sus propiedades geométricas mismas, pero nunca una página en blanco.

Nada sin embargo es más ideológico que ignorar la propia condición de ideología, esto es, de correspondencia con un conjunto de representaciones al servicio de un proyecto de clase determinado. Se trata de una ilusión muy destructora porque cuando el proyecto no existe o no se reconoce hay que recurrir invariablemente al presunto automatismo de las leyes que intervienen infaliblemente y esa doctrina determinista ha cosechado últimamente muchos fracasos. Es necesario disponer de un patrocinio y de un proyecto social que no puede consistir en un burdo mecanismo de selección "natural" actuando día y noche, por mucho que se codifique en términos de prodigio tecnológico. Cuando Napoleón preguntó a Laplace, después de que éste le expusiera su concepción determinista del mundo (seguimos en la misma fe mecanicista) sobre cual era el lugar de Dios en ese sistema (seguramente estaba pensando en su propio lugar como demiurgo en el sistema social naciente) Laplace le respondió que no necesitaba esa hipótesis. Se equivocaba.

Esa hipótesis es tan necesaria como impostor ha resultado ser el demonio laplaciano sobre todo en este mundo sublunar que construimos a voluntad; de manera que por mucho que se empeñen en ignorarlo, necesitamos los datos del objeto, sus dimensiones, para crear las propiedades geométricas del espacio que terminará por ser, y es preciso disponer de un lugar en torno al cual aglutinar el saber que se vaya acumulando en esa inagotable labor de construcción y ese es un papel que difícilmente pueden asumir en solitario los centros académicos, como hasta ahora ha venido sucediendo aquí, a no ser que reconozcan que hablan en nombre de alguien.

Ya sea el hegeliano sistema de representaciones asumido de forma estable y conservadora por cada individuo de una formación social, más allá de sus propias condiciones de clase, ya sea el que se propone de forma alternativa como un proyecto hegemónico de un grupo concreto de la formación bajo pretextos muy diversos de justicia o progreso, envuelto en discursos éticos, estéticos o pseudocientíficos (o de eficacia ramplona como éste de la competitividad), la ideología quedó hace ya tiempo enfrentada a la pretensión de acumular un conocimiento concreto¹², y mientras esta última inclinación se dispone a iniciar el camino difícil pero fascinante del saber complejo, el discurso ideológico vuelva a desdoblarse en sus alternativas de siempre.

Es difícil saber cual de las dos opciones enunciadas es más ideológica en el sentido que hoy tiene la palabra, y también es muy difícil encontrar otras prácticas urbanísticas diferentes y contemporáneas con las mencionadas, que se puedan considerar no ideológicas o puramente disciplinares acaso porque aún el urbanismo no es una disciplina que pueda describirse en sus propios términos, que tenga sus propios cauces de acumulación, sus propios métodos de ensayo, verificación y crítica de los resultados, que pueda separarse de las prácticas concretas de construir el espacio de reproducción siempre contestado (y densamente cargado de ideología) de una determinada hegemonía social.

Todavía hoy se mueve **grosso modo** el urbanismo entre estas dos grandes opciones. O proponer un plan para aquellos que creen en el futuro o recrearse en la escatología del presente con fe platónica o con escepticismo pequeño burgués, convirtiéndose respectivamente en visionarios de una ciudad y de un orden social o en escenógrafos del **spleen** o de la santidad. Sabemos, eso sí, que cuando las hegemonías, desconcertadas por la inminencia del cambio, son incapaces de emitir proyectos globales, de patrocinar empresas de exploración, es la hora efímera y gloriosa de la arquitectura de las esferas.

Puede haber llegado el momento de volver al urbanismo de gran tradición, para preparar el ánimo y la disciplina ante el desafío de lo complejo, hace mucho tiempo que no oigo citar a mis clásicos y voy a ponerme sin más tardanza a repasar su magisterio: Cerdá, Geddes, Mundford, Poëte... y habrá que dedicar muchas horas de estudio y reflexión a ese escurridizo problema del equilibrio en todas las escalas. No sé si eso nos permitirá prever mejor, pero seguro que enriquecerá notablemente nuestra comprensión de ese universo en el que acostumbramos a dibujar nuestras fantasías.

¹² De nuevo fue Napoleón el primero que utilizó despectivamente el término de ideólogos para referirse a los filósofos sensualistas que habían adoptado ese nombre, y lo hizo con el propósito de descalificar esa doctrina cuya racionalidad de base ponía en evidencia la irracionalidad el propio discurso político del Emperador. Marx terminaría de consagrar ese carácter despectivo utilizando la palabra en el mismo sentido "napoleónico" pero en dirección totalmente contraria para descalificar las pretensiones científicas de algunos filósofos alemanes idealistas.